

Hegemonía e “Vox Populi”

TEXTES DE RÉFÉRENCE

Hegemonía e “Vox Populi”

Federico Mayor



Académie
de la Latinité

Lisbonne, 2003

© Federico Mayor

Publié par

Educam — *Editora Universitária Cândido Mendes*
Rua 1º de Março, 101, Sala 26, Centro
Cep 20010-010 — Rio de Janeiro — RJ — Brasil

Coordination Editoriale

Hamilton Magalhães Neto

Révision

Annie Davée

Couverture

Paulo Verardo

Composition

Textos & Formas Ltda.

(21) 2516-7997

Académie de la latinité — Siège Amérique latine

Secrétariat général

Rua da Assembléia, 10, 42º andar, Centro, Rio de Janeiro

Tél.: 55.21.531-2310; Fax: 55.21.533-4782

Page WEB: www.alati.org

E-mail: alati@alati.org

Secrétariat exécutif à Paris

25 rue Château Landon 75010 Paris. Tél./Fax: 33.1.40.35.08.20

E-mail: nelson.vallejo-gomez@wanadoo.fr

Sumário

Hegemonía e “Vox Populi”	7
La Voz Debida	13
En Pie de Paz	20
11 de Septiembre de 2001, Inflexión Histórica	
“ <i>Nosotros, los pueblos...</i> ”	28
La Fuerza de Europa.....	35
Otro Mundo Es Posible.....	43

Hegemonía e “Vox Populi”

“¿Quién sino *todos*? ”
Miquel Martí i Pol

Las masivas manifestaciones del día 15 de febrero del año 2003 en favor de una solución pacífica del conflicto iraquí marcan una inflexión histórica. Por primera vez, ciudadanos de todas las razas, colores, culturas y creencias aparecen en los escenarios hasta ahora reservados a gobernantes y mandatarios. Por primera vez, la voz de la gente se eleva, sin violencia, como un clamor de tales dimensiones que se hace oír – y, escuchar en alguna medida – en las altas y aisladas estructuras de poder. Cuando se pretendía globalizar la economía en beneficio de unos cuantos, han conseguido los muchos que se globalice su libertad de expresión, que la palabra empiece a competir con la espada, que convencer inicie el camino que le permita, quizás, superar a los que siguen pensando que vencer, al precio que sea, sigue siendo la única alternativa. El día 15 de febrero los relojes de la nueva democracia a escala mundial señalaron la hora de todos los pueblos y se dieron los primeros pasos para la construcción de la democracia mundial, basada en unos valores intransitorios aceptados universalmente, que evite la enorme

contradicción actual que representan sistemas democráticos locales y una oligocracia – hoy ya prácticamente un poder hegemónico – supranacional.

La voz del pueblo. No me cansaré de repetir que fueron los Estados Unidos de Norteamérica, precisamente, los que lideraron al término de la terrible II Guerra Mundial, en 1945, la fundación de las Naciones Unidas en San Francisco, cuya Carta empieza – demostrando la clarividencia de quienes acababan de vivir aquella contienda horrenda – así: “Nosotros, los pueblos...” Y es ahora la voz de todos los pueblos que recuerda a los países que han pretendido sustituir aquel inicio por el de “Nosotros, los poderosos...”, que se han equivocado y deben volver a la única fórmula posible: democracia sin exclusiones, sin marginaciones, sin asimetrías. Serenamente, millones de personas han demostrado compartir el mismo sueño. Y los sueños ampliamente compartidos, como decía Hélder Câmara, se convierten en realidad.

“Vox populi, vox dei”. Voz por fin audible y, una vez más, desoída. De nuevo una guerra ilegal e innecesaria que puede movilizar reacciones extremistas y violentas de consecuencias imprevisibles. De nuevo la destrucción, el sufrimiento, la muerte. De nuevo las Naciones Unidas condicionadas y relegadas a funciones humanitarias, cuando su misión suprema es la de “evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”. Ahora más que nunca tenemos que hacer llegar nuestro disentimiento a través de múltiples y grandes manifestaciones y de millones de adhesiones a través de Internet, para que se detenga la maquinaria bélica y volvamos a la mesa de negociaciones, al Consejo de Seguri-

dad, al respecto de los principios que inspiran la más alta instancia de entendimiento a escala global: las Naciones Unidas, que deben fortalecerse y dotarse de los efectivos humanos y económicos para que puedan cumplir su misión con la autoridad requerida.

Con todas las dificultades, con todas las carencias propias, precisamente, de la inexistencia de este marco democrático que impidiera la manifiesta impunidad que existe en el ámbito internacional, no es la fuerza sino la palabra la que constituye – como lo acreditan tantos casos, como El Salvador o Mozambique, en los últimos años – la única solución verdadera. La ley del Talión, no sólo no ha resuelto la situación en el Próximo Oriente sino que ha agravado, con centenares de víctimas inocentes, la posibilidad de hallar soluciones para la “irremediable” convivencia entre palestinos e israelitas.

Está fuera de toda duda la repulsa que merece el régimen autocrático iraquí de Saddam Hussein. Ha demostrado absoluto desprecio por los derechos humanos de sus ciudadanos, que han tenido que soportar, además, absurdos embargos que sólo afectan a los más desfavorecidos. No es con muertos y padecimientos adicionales como debía solucionarse la situación. El camino era el emprendido, a través del consejo de Seguridad y los Inspectores de las Naciones Unidas, pero...

La trágica experiencia de Vietnam se cierne ahora sobre la guerra ya iniciada. Guerra “preventiva”, apresurada a todas luces e impulsada por la inercia de una inmensa maquinaria bélica. No hay economía de guerra sin guerra. Pues bien: el hecho de que se haya iniciado no significa que no deba dete-

nerse, que no sigamos pidiendo, alarmados por los sangrientos “efectos colaterales” y las represalias que pueden desencadenarse en tantos lugares, que se pare sin demora esta contienda. Siempre es tiempo para evitar males mayores, para rectificar una trayectoria. De joven se me quedaron grabados unos versos de Luis Cernuda en “Para ti, para nadie”: “Pues no basta el recuerdo, cuando aún queda tiempo”. Algunas empresas ya están frotándose las manos con la reconstrucción de infraestructuras destruidas por la guerra en Irak. No podemos aceptar que se hable de ayuda “humanitaria” cuando estamos provocando la catástrofe. Es inadmisible que sean los destructores los que ponderen y repartan los beneficios de la reconstrucción. Tenemos que “reconstruirnos” mutuamente la conciencia, el sentimiento de fraternidad vituperado, el deseo de venganza originado. Reconstruirnos todos en una nueva cultura: la cultura de paz.

La juventud, hasta hace poco bastante indiferente, ha reaccionado con convicción y solidaridad frente a un hecho que consideran totalmente infundado y con efectos nocivos a corto y largo plazo. Los jóvenes ven que su porvenir se ensombrece más todavía – ya les habían usurpado velas y brújulas para decidir su propio rumbo – y reaccionan para salvaguardar lo que les pertenece: el futuro.

Que nadie que pueda hablar siga callado. Con firmeza, con tenacidad, expresar la opinión, el asentimiento o el disenso, es hoy una oportunidad única para la esperanza en estos albores de siglo y de milenio. Sombrío amanecer de siglo, que puede iluminarse por la presencia y la palabra de la gente, de las instituciones. Delito de omisión, delito de silencio. No olvidemos la aseveración de Martín Luther King

Jr.: “Nuestras vidas empezarán a terminar el día en que guardemos silencio sobre las cosas que realmente importan”.

Hace tiempo escribí que comprendía el silencio de los silenciados, de los amordazados por el miedo o por la ignorancia, pero no el de los silenciosos, de los que pudiendo hablar, callaban. El poder omnímodo considera que “amigos” son los que alaban, los que consienten que la disciplina prime sobre la conciencia. Es un gran error: el buen amigo, el buen aliado, es el sincero, el que dice lo que piensa.

Elevemos, pues, nuestras voces, todas las voces juntas, cuidando escrupulosamente de prevenir y eliminar cualquier foco de violencia. La violencia envilece las mejores ideas e ideales. No expresar la discrepancia de forma violenta, sino perseverante y firme. La democracia se basa en la irrestricta libertad de expresión, de modo que todos los ciudadanos e instituciones puedan defender sus puntos de vista sin ningún tipo de amenaza o temor. Los Estados Unidos de Norteamérica abandonaron la UNESCO en 1984 alegando que debía garantizar la “libre circulación de las ideas por la palabra y por la imagen” y eran inaceptables las mínimas cautelas al respecto. Hoy, en este mismo gran país se ofrece una información sesgada – el inicio de toda guerra es el fin de la verdad – y se prescinde de los periodistas que no narran las cosas como ellos quieren. El artículo 1º de la Constitución de la UNESCO, creada “para edificar los baluartes de la paz en la mente de los hombres”, establece la libertad de expresión, la palabra, como el requisito angular para, a través de la educación, la ciencia y la cultura, originar conductas, actitudes y hábitos de conciliación, diálogo y tolerancia. Para construir cada día, ladrillo a ladrillo, la paz.

Firmeza y constancia en expresar la más severa disconformidad con quienes, una vez más, han preferido la razón de la fuerza a la fuerza de la razón. Clamor incesante del pueblo. “*Vox populi*”: esto es democracia. Las urnas deben ser su reflejo. Pedir pacíficamente la seguridad de la paz y no la paz de la seguridad. La paz de la justicia, a través de un gran plan de desarrollo endógeno para reducir los presentes caldos de cultivo de radicalización y rencor. Plan global para compartir mejor bienes materiales y conocimientos, de tal modo que se alivie rápidamente la miseria y se evite esta terrible guerra de hambre que padecen tantos habitantes de la tierra y que se salda – recordémoslo cada amanecer y cada noche – con 30 mil muertos al día. Voz para protestas y para propuestas. Voz para recordar – “*vox dei*” – en el momento de elegir, de votar.

La Voz Debida

Pedro Salinas, alcanzó la cima de su poesía en “La voz a ti debida”, verso adoptado de la égloga III de Garcilaso de la Vega, quien había escrito anteriormente: “Yo, que tanto callar ya no podía”. Salinas nos insta a que nuestra voz sea “voz nunca servidora”... y constante: “cuando el hombre cansado... se para / traiciona al mundo / porque ceja en el deber supremo, que es seguir”.

Voz debida a los sin voz. Voz de los que saben, de los libres. Voz de los que tienen el arrojo de hablar, de actuar como ciudadanos plenos. Voz para disentir, para asentir. Para que cambien tantas cosas que es urgente que cambien, debemos hablar antes de que se atenúen o desvíen nuestros propósitos, antes de que sea demasiado tarde.

Sólo en las últimas décadas, en reuniones mundiales y “cumbres” de la comunidad internacional, celebradas bajo los auspicios de las Naciones Unidas, se han formulado propuestas y recomendaciones para restañar grandes heridas, para reducir asimetrías intolerables entre los más prósperos y los más indigentes, entre mujeres y hombres, entre genera-

ciones. En 1990, en Jomtien (Tailandia), educación para todos a lo largo de toda la vida; en 1992, en Río de Janeiro, sobre medio ambiente y un desarrollo global sostenible; y en 1995, en Copenhague, compromisos solemnes sobre desarrollo social y, en Pekín, sobre la mujer; en 1996, sobre la nutrición; en 1999, sobre una cultura de paz... Hace unos meses concluyó en Roma la reunión que pretendía situar en su justo lugar, como prioridad mundial, el acceso de todos a la alimentación y evitar la vergüenza colectiva que representa la muerte de 24.000 a 30.000 personas al día por inanición. En medio del desinterés manifiesto de los países desarrollados, se llegó a la clausura sin lograr desarrollo alguno. Lo único que se consiguió – mal está haberlo propuesto pero peor está haber accedido – es que, urgidos por la retransmisión de uno de los partidos del campeonato mundial de fútbol, ¡se adelantara la hora de clausura! Hacía muy poco que en Barcelona, al abordar el problema del SIDA a escala global, se había comprobado, como en la Cumbre sobre el Racismo celebrada en Durban, la enorme insolidaridad instalada a escala planetaria.

Lo mismo ha sucedido en Johannesburgo, en la reunión sobre medio ambiente denominada “Río+10”. No, no ha sido Río+10, sino Río–10, porque se han perdido diez años en los que la Agenda 21 no se ha puesto en práctica y el medio ambiente se ha deteriorado. Diez años durante los cuales, por cierto, los gobernantes de las grandes democracias han transferido buena parte de su responsabilidad desde el gobierno al “mercado” y relegado a las Naciones Unidas – único marco ético y jurídico mundial existente – a una agencia humanitaria internacional de eventual intervención en

los ámbitos que le son propios, al tiempo que, faltos de los códigos de conducta que sólo el sistema de las Naciones Unidas podría establecer, han proliferado los tráficos de toda índole – capitales, armas, drogas, personas... – y los “paraísos fiscales”. Se calcula que las inversiones en armamento alcanzan unos 2.000 millones de dólares al día.

Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía y ex Vicepresidente del Banco Mundial, ha escrito recientemente: “Si queremos lograr la globalización con rostro humano, entonces debemos alzar nuestras voces.” No es posible seguir callados. Silencio... Silencio – con escasas excepciones que todos debemos aplaudir – de las instituciones internacionales. Silencio – con la brisa, de vez en cuando, de algunas voces comprometidas – de los grandes conglomerados públicos y privados que dominan el escenario internacional. Silencio de las comunidades científica y académica. Silencio – notaría la salvedad de Juan Pablo II – de las iglesias. Todos afanados en su “cada día”, distraídos en medio de un vendaval de noticias y de escándalos. Con la caja de resonancias y de ecos en manos de unos cuantos, el resto de los ciudadanos tendremos que unirnos, a través de grandes redes, para elevar la palabra por encima de la espada, el espíritu indomable por encima de la fuerza.

Hace dos años, en la Universidad Politécnica de Cataluña, pusimos en marcha Ubuntu, foro mundial de redes de la sociedad civil. Ubuntu es una antigua palabra africana para designar “humanidad, compartir, estar en armonía con la creación”. Las redes de redes pueden asociar las voces de millones de personas que pueden, de este modo, proclamar sus puntos de vista sin violencia. Ubuntu puede alcanzar progresivamente la intensidad suficiente para contribuir con eficacia a la gobernanza

global, para que la sociedad en su conjunto tenga la posibilidad real de influir en la toma de decisiones.

La palabra no puede seguir cautiva, amordazada, filtrada, disfrazada. A veces, acallada para siempre por los enemigos de la vida y sus cómplices. Pero, sobre todo, no puede seguir ausente. Silencio es la antítesis de democracia. Es sumisión, es docilidad. Hoy pueden reprocharnos lo que decimos. Mañana – es lo único que importa – nos reprocharán sobre todo lo que no tuvimos el coraje de decir hoy. “Hoy – es un verso de Enrique Badosa – hablamos por quien quisiera hablar. Por quien no puede.” En 1995 escribí:

*La voz
a veces
no fue voz
por miedo.
La voz
que pudo ser
remedio y no fue nada.*

Los derechos humanos son indivisibles. Pero hay uno, el derecho a la vida, que condiciona el ejercicio de todos los demás y, por eso, es el derecho primordial y básico. Que nadie lo olvide, sobre todo quienes reclaman determinados derechos al tiempo que siegan vidas inocentes. Siempre existirán, en un colectivo de 6.100 millones de seres humanos, personas que pierdan la razón en un momento dado. Pero con la educación de todos y justicia para todos, compartiendo más equilibradamente conocimientos y recursos, podrán reducirse los “caldos de cultivo” de decepción, radicalización, frustración, rencor y desesperanza que se hallan

en la raíz de tantos desatinos. El clamor no se levantará hasta que sea la sociedad la que sepa y hable. A través de las escuelas, parlamentos, consejos municipales, de los medios de comunicación, debe lograrse que la voz del pueblo sea la que dirija, a la postre, su destino, la que rectifique rumbos, la que ilumine espacios.

Los medios de comunicación tienen una función fundamental que no es descriptiva (retrospectiva, para explicar lo que acontece), sino prospectiva, es decir, escribir lo que piensan que debería suceder. Estamos en “tiempos de dudas y renuncias en los que los ruidos ahogan las palabras”, como tan inspiradamente escribió Miquel Martí i Pol en 1981. Ser diversos, infinitamente diversos es nuestra riqueza. Actuar unidos será nuestra fuerza. ¿Por qué se callan? ¿Por qué callamos? A veces, porque no se quiere, porque no se sabe. Pero, también, porque buscamos fuera respuestas que sólo hallaremos en nosotros. Que todos utilicen la palabra y no la fuerza para defender sus puntos de vista. Toda idea es digna de ser escuchada, pero cualquier idea se envilece en manos de la violencia.

Es, pues, imperioso romper el silencio que pesa sobre tantos acontecimientos pretéritos que deben estar muy presentes en nuestras mentes para orientar los pasos y hechos del mañana. Memoria del pasado..., pero “temblando de futuro”, como escribió Pedro Salinas. Deber de recordar y de hablar en favor de los más olvidados, más despreciados y excluidos. Los crímenes contra la humanidad, como la trata de esclavos, como el exterminio y la tortura por razón del color de piel, sexo o creencia, como el asesinato y la imposición violenta en nombre de ideologías y culturas, como el sometimiento por el terror y la amenaza, como el genocidio

imperceptible de miles de niños, mujeres y hombres muriendo cada día de hambre y desamparo... no caducan. Si no se reparan, seguirán removiendo la conciencia de quienes, sinceros consigo mismos, no han puesto fronteras a sus sentimientos y saben mirar más allá de su entorno inmediato y de las condiciones en las que transcurre su propia vida. Memoria para la acción. “El frío arrasa la memoria y ya empezamos / a no ser”, nos ha recordado José Ángel Valente.

La Voz Debida

¡Debemos tantas palabras, tantos clamores, a los jóvenes, a los que llegan! Debemos la palabra exacta y rigurosa. De vez en cuando, el grito. Siempre la mano tendida, la voz tendida hacia el futuro común.

Voz debida a los niños y adolescentes, promoviendo que no consuman los productos de las compañías que permiten una publicidad que envilece, que trivializa las cosas esenciales, que conduce a la indiferencia.

Voz debida a los niños de la calle, a todos los que viven en el olvido, en el desamparo, en la marginación.

Voz debida siempre, hasta el último instante. Que nadie diga: yo ya hablé lo suficiente.

Voz para recordar a los grandes creadores de nuestro tiempo. Grandes artistas, arquitectos, filósofos, científicos... que se olvidan en la turbamulta de los acontecimientos “estelares” de cada día.

Voz para recordar que no pueden privatizarse las responsabilidades del Estado, ni transferirse a la escuela las que son propias de la familia.

Voz para recordar de donde proceden los bienes de los que disfrutamos: de los países a los que, con gran frecuen-

cia, explotamos sin cumplir las promesas que les hicimos y sin facilitar su desarrollo endógeno.

Voz debida a los que se evaden en el alcohol o en la droga, rodeados de artificios pero carentes de ternura y de diálogo. Voz por los que malviven y mueren de temblor de adicción. Voz por sus familias destrozadas, hundidas.

Voz debida a la voz ausente de la mujer, excluida de tantos escenarios y foros, donde su presencia es más necesaria que nunca

Voz debida, sobre todo, a los invisibles, a los anónimos.

Voz alta debida a quienes, situados en la cumbre, no oyen a veces, a veces no escuchan, las palabras que se elevan de los que todavía aguardan, de los que todavía esperan.

Voz debida a los que han muerto, a los que han sufrido todo tipo de inclemencias, porque nadie supo, porque nadie se atrevió a levantar la voz.

Voz debida a las madres, a los maestros, a cuantos, a pesar de los pesares, en medio de vendavales y aguaceros, avanzan cada día en el camino del amor y del desprendimiento.

Voz debida a los que llegan, a los que todavía no han llegado, y corren el riesgo de hallar la casa “desvincijada y fría”.

Voz debida a los jóvenes de hoy que, tan plurales, tan dispares, son todos, sin excepción alguna, nuestra esperanza.

Sus ojos nos miran ya. Y nos impiden guardar silencio.

Sin cesar. Sin descansar. José Ángel Valente escribió: “Es tiempo de dolor. Es tiempo, pues, de alzarse. / Tiempo de no morir”. Sin descanso, para que los jóvenes no miren atrás un día y nos digan con tanta decepción como desprecio: “Aguardábamos la palabra, y no llegó”.

Voz debida. Voz de vida.

En Pie de Paz

“¡Que el alba venga de prisa...!”

Vicente Alexandre, en *Ámbito*, 1928

“Si quieres la paz, prepara la guerra”, reza un proverbio tan antiguo como perverso. El resultado está a la vista: guerra tras guerra, confrontación tras confrontación. La paz ha sido el tiempo que ha mediado entre dos guerras. Hemos hecho aquello para lo que estábamos preparados: la guerra. Hemos utilizado la fuerza y no el diálogo, la espada y no la palabra. Hemos vivido en “pie de guerra” que, según la Real Academia de la Lengua, se refiere al “ejército que en tiempo de paz se halla apercibido y preparado como si fuera a entrar en campaña”... y “se aplica a cualquier nación que se arma y pertrecha de lo necesario para combatir”. Progresivamente, se ha puesto en marcha una inmensa maquinaria de guerra, de una inercia tal que parece inútil intentar hacerle frente y ponerla en su sitio y a su ritmo, para que cumpla sus funciones sin hipotecar el cumplimiento de todas las demás. Para ello es necesario preparar la paz, actuar cada día, todos, en favor de un cambio radical en las tendencias actuales, tanto económicas como sociales, medioambientales, culturales y

morales. En lugar de ponernos, como siempre, en pie de guerra, ahora debemos procurar ponernos diligentemente en pie de paz.

Hoy suenan tambores de guerra en un mundo que, por primera vez, podría disfrutar de su globalidad, de saberse una “aldea global”, según la expresión de Mac Luhan. Nunca hasta ahora pudimos seguir, en tiempo real, los acontecimientos del mundo en su conjunto: qué hace la gente, cómo vive y se comporta; qué sucede en la naturaleza; cómo evolucionan las identidades culturales; en qué medida guían las pautas y valores universales. Sin embargo, este alcance mundial de nuestra percepción no ha influido como era previsible y deseable en una mayor distensión entre unos y otros “barrios”, en una mejor capacidad de reparto; en un mayor acercamiento; en una mejor cooperación intelectual para, juntos, prever y prevenir; en un mejor discernimiento de lo que realmente importa para construir un futuro menos sombrío para las generaciones venideras.

Ni siquiera hemos conseguido – porque las fuentes son muchas menos de las que esperábamos y sus informaciones menos independientes, en general, de las que deberían acercarnos a la realidad circundante con mayor precisión – ver lo que permanece oculto, ser conscientes de los invisibles, de los que malviven y mueren en el olvido tras la barrera profusamente iluminada de noticias de calado escaso y de escándalos,... mientras los excluidos de todos los escenarios, frustrados, radicalizados, desesperanzados, intentan, a riesgo de su vida en ocasiones, traspasar los límites de las candilejas. Otros, más heridos, menos pacientes, urden ocasiones de venganza. Al final, como ya nadie duda a estas al-

turas, todos pierden. El siglo XX ha demostrado el fracaso – ¡a qué precio de vidas y de sufrimiento! – de la cultura de guerra y de un sistema económico y social discriminatorio, que amplía las desigualdades en lugar de reducirlas. De una visión miope que conduce, en un mundo interactivo y sin fronteras, al aislamiento artificial de una minoría que pretende consolidar su posición utilizando, gracias a sus avances científicos y tecnológicos, los recursos naturales de los países que integran la mayoría menesterosa.

Pueblos enteros asolados por desgracias de todo tipo... y nosotros, los privilegiados, creyendo que con limosnas podemos acallar nuestra conciencia, nuestra indiferencia, nuestro “sin remedismo”: “¿Qué puedo hacer yo? Las cosas son así”.. Si insisto en el peligro inherente a estas situaciones es porque he tenido ocasión de ver cómo se vive y muere y escuchar lo que se dice en muchos lugares del mundo que forman parte del 83% que se halla más allá de los confines de la fortaleza de los prósperos. En ambos lados de la línea imaginaria, la práctica totalidad de los habitantes lo único que desea es disfrutar plenamente de este misterio que representa cada vida en cada instante. Cuando se comprueba la generosidad, dedicación, voluntad y buena fe de tantas y tantas personas, nos llenamos de sentimientos de esperanza y del convencimiento de que otro mundo es posible. Es aquel mundo que se concibió en 1945 en San Francisco: “Nosotros, los pueblos”... dotados de unos puntos de referencia – la Declaración de los Derechos Humanos, en 1948 – y decididos a compartir mejor los frutos de la tierra (programas de Naciones Unidas para el desarrollo, 1954). Un mundo que construiría “la paz en la mente de los hombres”,

según reza la Constitución de la UNESCO, a través de la educación, la ciencia y la cultura, mediante la “solidaridad intelectual y moral de la humanidad”. Solo así, a través de la educación – conocimientos, valores, actitudes, creatividad... – podríamos superar ahora, como se pretendía entonces, el catastrófico balance cultural y espiritual de fines de siglo y de milenio.

El gran proyecto de 1945 no se ha convertido en realidad. Primero, por la confrontación de las dos grandes superpotencias: cuando la Unión Soviética se hundió en 1989 – porque supuestamente basada en la igualdad había olvidado la libertad – la historia ofrecía una gran oportunidad a la otra superpotencia, que se hallaba así mismo en grandes dificultades porque, basada en la libertad, se había olvidado de la igualdad. Y ambas, de la fraternidad. En lugar de liderar la democratización a escala mundial, como al final de la II Gran Guerra, eligió esta vez liderar tan sólo al grupo de países más poderosos (G-7 o G-8). Simultáneamente, tuvo lugar una arriesgada e indebida trasferencia de responsabilidades al mercado, al tiempo que emergían grandes conglomerados privados a escala supranacional. La inexistencia de códigos de conducta llevó a desmanes y tráficos (de armas, capitales, drogas, personas) y a una total impunidad. En múltiples ocasiones he subrayado la contradicción, tan nociva, que representa la existencia de democracia, que es la solución, en el ámbito nacional y de oligocracia en el internacional. Sin posibilidades de manifestar su situación, la mayoría de los países – incluso algunos antes “desarrollados” – se han visto abocados a formar parte del conjunto multicolor de rezagados (endeudados, dependientes tecnol-

lógica y financieramente), agudizándose los sentimientos de animadversión por las promesas incumplidas, por las asimetrías crecientes, que generan caldos de cultivos de rencor y agresividad.

Segundo, por el papel, más silencioso y sumiso de lo que era de esperar, jugado por Europa. Cuando, después de un clarividente inicio y de un largo proceso, la “Comunidad Económica” pretende transformarse en “Unión”, los objetivos a corto plazo impiden que Europa ejerza la influencia que, como gran aliado, le corresponde. Los aliados, los amigos, son los que aconsejan y dicen lo que piensan. Hasta ahora, factores secundarios – principalmente de orden comercial y económico – han impedido el surgimiento de la Europa que está llamada a representar un papel relevante, si se mantiene el Atlántico como nexo principal. China, Japón, India, Brasil... son demasiado influyentes para que pensemos que, de todos modos, los nuevos caminos van a pasar por nuestro territorio.

Deber de memoria. Memoria del pasado, y sobre todo, memoria del futuro. Tengamos permanentemente a la vista los posibles escenarios del mañana, para que cumplamos nuestra responsabilidad de elegir, aunque implique muchas transformaciones, lo que más conviene a nuestros hijos.

Deber de igual mirada sobre el presente para que hechos como los que se repiten a diario en el Próximo Oriente se atajen de forma inmediata. Nadie debería tener patentes de corso, sobre todo cuando tanto se invocan los Derechos Humanos... Los vivos – y los muertos – valen lo mismo, por principio, y no puede ser que sólo se cuenten los de un lado.

Por experiencias todavía recientes, sabemos bien cuándo y cómo empiezan las guerras pero nunca se sabe cómo y cuándo terminan.

Pongámonos todos al lado de la “paz preventiva”. Pongámonos en pie de paz para:

- Evitar la violencia en casa, en nuestro pueblo, en nuestra comunidad, en nuestro Estado, en el mundo.
- Retomar las riendas de la gobernanza mundial y que el mercado esté sometido a unos principios éticos universales.
- Lograr, en un gran movimiento mundial, la erradicación del hambre en el mundo, adoptando acciones concretas en favor de los que hoy, en Etiopía y otros países, mueren de hambre e insolidaridad.
- Coordinar eficazmente las acciones que impidan que niños y adolescentes se vean condenados a la enfermedad, a la opresión, a la ignorancia, al padecimiento de enfermedades que hoy ya pueden combatirse y prevenirse.
- Impulsar la investigación científica, para que pueda hacerse frente en particular a las enfermedades que diezman hoy a una buena parte de la humanidad que vive en condiciones higiénicas de gran precariedad, mejorando en todo el mundo el acceso a los sistemas sanitarios preventivos, curativos y paliativos.
- Conseguir que la protección del medio ambiente y la observancia de la Carta de la Tierra se convierta en un compromiso cotidiano de todos los ciudadanos del mundo, de todas las autoridades municipales, de todos los parlamentarios y gobernantes, asegurando la dis-

ponibilidad de medios apropiados y los mecanismos de coordinación para hacer frente a las catástrofes naturales o provocadas.

- Fortalecer rápidamente a las Naciones Unidas, dotándolas de los recursos humanos y financieros necesarios para establecer los códigos de conducta mundiales que sean precisos, mediante los correspondientes Consejos de seguridad (medioambiental, cultural, económico, ético) y asegurar, en nombre de todos, su cumplimiento.
- Incorporar a las legislaciones nacionales las Declaraciones y Recomendaciones más relevantes de las “cumbres” que, en la década de los noventa, abordaron las distintas dimensiones de la educación, la ciencia, el desarrollo social, la participación de la mujer, la tolerancia, el respeto y conservación de la naturaleza, etc.
- Poner en marcha, con todas las garantías necesarias para la eficacia de su acción, el Tribunal Penal Internacional, con todos los mecanismos que aseguren el adecuado y democrático funcionamiento del mismo.

En pie de paz, en favor:

- De unas fuerzas de seguridad dotadas de los efectivos humanos y medios tecnológicos que garanticen el cumplimiento de las leyes emanadas de los estados democráticos, de tal modo que se reduzcan al mínimo, junto con las medidas antes mencionadas, los focos de violencia y terrorismo.
- Del desarrollo endógeno a escala mundial, con inversiones y transferencia de tecnología que eliminen las presentes desigualdades.

- Del establecimiento, con la colaboración de los centros universitarios y de investigación, de las instituciones prospectivas que, a escala nacional e internacional, permitan la necesaria anticipación, especialmente en fenómenos y procesos de irreversibilidad potencial.
- De unos medios de expresión de los ciudadanos de todo el mundo que puedan superar las formidables barreras del poder mediático actual, y conseguir que sus voces, propuestas y protestas puedan alcanzar a los gobernantes y parlamentarios.

En pie de paz, para acelerar la movilización popular por la no violencia, logrando que las organizaciones y comunidades intelectuales, académicas, humanitarias y de toda índole no sólo no permanezcan silenciosas sino que su clamor sea capaz de iniciar los cambios de rumbo que son imprescindibles para que esclarezcamos los horizontes, hoy tan sombríos, que legamos a nuestros descendientes.

Sabemos bien el precio de la guerra. Es un precio muy superior al de la paz. Vamos a prepararnos para la paz como en el pasado nos hemos preparado para la guerra. Hemos vivido, en pie de guerra, una cultura basada en la fuerza. Modifiquemos el adagio y digamos: *si quieres la paz, prepárala cada día con tu comportamiento*. Como recomendaba la profecía de Isaías, “convirtamos las lanzas en arados”. Transitemos hacia una cultura de paz, de diálogo y entendimiento. Pongámonos en pie de paz.

11 de Septiembre de 2001, Inflexión Histórica “Nosotros, los pueblos...”

En San Francisco, en 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial, se fundaron, con el liderazgo norteamericano, las Naciones Unidas, cuya Carta comienza así: “Nosotros, los pueblos, hemos decidido evitar a las generaciones futuras el horror de la guerra”.

Cuatro años antes, en Pearl Harbour, el domingo 7 de diciembre de 1941, Japón atacó por sorpresa la Base Naval de Hawái que decidió la plena implicación de los Estados Unidos en la conflagración mundial. Sesenta años después de Pearl Harbour, un martes, 11 de septiembre de 2001, tiene lugar un atentado terrorista de proporciones inimaginables dirigido a los símbolos de poder de los Estados de la Unión, en Nueva York y en Washington. En los albores de siglo y de milenio, esta horrible tragedia conmociona al mundo entero, tanto por el número de víctimas como por su visibilidad, y produce la mayor crisis internacional desde la Gran Guerra. Toda la familia humana se siente afectada, ya

que al sangriento balance de víctimas se añade el **dónde** y el **cómo** han tenido lugar los atentados, que replantean aspectos fundamentales de la seguridad a escala internacional y la necesidad de tener en cuenta de nuevo a la humanidad en su conjunto. “Nosotros, los pueblos...”

Atentar contra una sola vida es un acto asesino injustificable. Hacerlo contra miles de ciudadanos indefensos es atroz y nos impulsa, consternados e indignados, a contribuir **cada uno**, con mayor determinación que nunca, a fortalecer la solidaridad con todos los habitantes de la Tierra. Todos unidos, sin fisuras, porque todos hemos sido alcanzados por el impacto asesino. Todos juntos para que no quede impune. Todos juntos para defender cada día unos valores que eviten los desgarros sociales, la marginación y la exclusión. Todos juntos para dar el imprescindible vigor a las medidas que se adopten para paliar rápidamente la “vulnerabilidad física” que padecemos. También deberemos, todos juntos, aplicar medidas correctoras de la “vulnerabilidad moral” de nuestros tiempos. Situarnos todos del lado de la vida y prevenir, en toda la medida posible y con todos los medios a nuestro alcance, acontecimientos como los que se han quedado imborrables en nuestros ojos y aquellos que, menos aparentes, constituyen la realidad cotidiana de tantos y tantos seres humanos.

La consternación producida por este crimen horrendo no debe ofuscarnos sino que debe mantenernos despiertos y vigías. En los momentos de gran tensión humana, si se piensa grande, si se piensa en todos, se acierta. Si se piensa pequeño, en unos cuantos, se yerra. La legitimidad moral implica que la libertad, la igualdad y la justicia se apliquen a escala global.

El fanatismo suicida replantea toda la estrategia bélica y de seguridad a escala nacional y mundial. Es muy difícil combatir desde la luz a quienes se mueven en la oscuridad. Los Estados Unidos deberían liderar – de modo similar a como lo hicieron en 1945 en San Francisco – una gran Asamblea para la Paz, la Justicia y la Seguridad en las Naciones Unidas, contribuyendo a darles la fuerza y la capacidad de anticipación y de prevención que les es propia: “**Evitar** a las generaciones futuras el horror de la guerra”. Como hicieron al final de aquella guerra – guerra de las prácticas más abominables, del genocidio, del holocausto – los pueblos del mundo se unirían ahora para enderezar muchos rumbos actuales y hacer frente común contra quienes han provocado esta horrenda catástrofe.

El terrorismo, venga de donde venga, es repudiable, sin paliativos. Tengo en mi mente y en mis ojos las imágenes del día 11 y no quiero que se borren de mi memoria, porque la mejor condolencia que podemos ofrecer a los familiares, el mejor homenaje que podemos rendir a las víctimas es nuestro recuerdo permanente. Y actuar en consecuencia. La enorme herida del día 11 debe hacernos recapacitar... Se ha roto el “contrato” que venía rigiendo el mundo. Debemos ahora apresurarnos, en estos momentos de incertidumbre y desconcierto, a hacer posible la vigencia de otros contratos en el orden social, medioambiental, cultural y moral.

Los principios y valores universales no se observan con frecuencia en la vida cotidiana de la “aldea global”. Se tolera la apología del terrorismo, se contempla – como en Camboya, Ruanda, Somalia, Afganistán – el comportamiento perverso de unos líderes que vulneran permanentemente las

normas básicas de convivencia, sin que las Naciones Unidas intervengan de inmediato; se transfieren responsabilidades de gobierno a los designios del mercado; se permiten, con toda impunidad, tráficos de capitales, de armas, de drogas, de personas, porque no existen los mecanismos reguladores y punitivos propios del único marco ético-jurídico que existe: las Naciones Unidas, integradas por “nosotros” es decir, **todos** los pueblos del mundo.

Unas Naciones Unidas fuertes, que cuenten con el apoyo de todos los países de la tierra y, en primer lugar, de los más prósperos y poderosos, para “evitar a las generaciones futuras **el horror...**”. Las Naciones Unidas que permitieron al mundo remontar el vuelo desde las cenizas de la Segunda Guerra Mundial; las que aprobaron el 10 de diciembre de 1948 la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que constituye una pauta de hondo calado – cuya imperiosa necesidad se agiganta en estos momentos – para orientar la gobernación del mundo. Las Naciones Unidas que decidieron las dimensiones del desarrollo – integral, endógeno, duradero, humano – para que los recursos de toda índole, y el conocimiento muy en primer término, se distribuyesen mejor, y se preservara la diversidad sin fin de la especie humana – diversidad que es su mayor riqueza – con la fuerza que le confiere su unión alrededor de unos valores básicos aceptados por todas las creencias e ideales.

Estas pautas no se llevaron a la práctica, salvo por algunos países ejemplares. El resultado, en general, ha sido la explotación de los recursos naturales de los países menos avanzados por aquellos que debieran haberles ayudado a su desarrollo endógeno, el éxodo de los mejores talentos y un progresivo abismo entre las condiciones de vida de los pró-

peros y los menesterosos. Grandes masas excluidas y hambrientas – miles de seres humanos mueren cada día de inanición – proclaman la urgente necesidad de corregir los actuales modelos de desarrollo, ya que no es sólo la presente inestabilidad lo que está en juego sino las propias condiciones de vida sobre la tierra para nuestros descendientes.

Poco a poco, las funciones de las Naciones Unidas para la construcción de la paz (*peace building*), esenciales y propias de su misión, se han sustituido por funciones de mantenimiento de la paz (*peace keeping*) y de ayuda humanitaria, al tiempo que en el escenario global los “pueblos” se iban difuminando y aparecían aquellos más avanzados en bienes materiales. Grandes conglomerados públicos y privados actuán sin “códigos de conducta” que, a escala supranacional, sólo las Naciones Unidas podrían establecer. Las recomendaciones de la Cumbre de la Tierra (Río de Janeiro 1992) sobre el medioambiente; los “compromisos” de la Cumbre de Copenhague (1995) sobre desarrollo social; la Declaración y Plan de Acción sobre una Cultura de Paz (septiembre 1999) siguen en el “firmamento”, observables, como tantas otras recomendaciones y declaraciones, desde todos los rincones de la tierra... pero no observadas.

Hoy está claro que no se puede dejar en manos de unos cuantos – y mucho menos sólo en las del “mercado” – la gobernación del mundo, sino que debe hacerse sobre la base de unos principios generalmente reconocidos. Bien entendido, la paz y la justicia no dependen sólo de los gobernantes. Dependen sobre todo de cada uno de nosotros, que debemos saber construirla en nosotros mismos, en nuestras casas, evitando la violencia **en** y **con** nuestro entorno. Necesitamos

ahora, con urgencia, unas Naciones Unidas a la escucha del mundo, capaces de hacer uso de la fuerza cuando sea necesario. Capaces no sólo de identificar sino de castigar a quienes transgredan las normas internacionales de convivencia. Se impone ahora con urgencia una nueva estrategia en la que nadie que atente contra el derecho fundamental a la vida quede impune. Y para reducir a la mínima expresión el reducto de fanáticos extremistas y deshumanizados, tendremos que invertir mucho más en seguridad ciudadana: por ejemplo, menos en aviones de guerra convencional y más en los mecanismos de seguridad de la aviación civil... La solución es la democracia a escala mundial: la voz de los pueblos, de todos los pueblos. Parlamentos, Consejos Municipales, medios de comunicación: la voz de los sin voz llegaría a través de ellos a las instancias de toma de decisión. Con ellos alcanzaríamos la “solidaridad intelectual y moral de la humanidad” que proclama la constitución de la UNESCO, uno de los documentos más luminosos del siglo XX, que comienza así: “Puesto que las guerras nacen en las mentes de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”. Construir la paz a través de la educación de todos durante toda la vida.

Desde siempre vivimos en el contexto de la ley del más fuerte. “Si quieres la paz, prepara la guerra”, proclama un adagio especialmente perverso. Tendremos ahora que pasar de una cultura de predominio a una cultura de dialogo, de una cultura de imposición a una de relaciones “fraternales”, como reza el artículo primero de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Tendremos, en suma, con el impulso espiritual que nos confiere el horror del 11 de septiembre y con la colaboración de todos los pueblos, hacer posible la transición

de una cultura de guerra a una cultura de paz y no violencia, empezando con nuestro comportamiento cotidiano, que constituye la suprema expresión de cultura. El pasado ya está escrito. Sólo podemos describirlo, y debemos hacerlo fide-dignamente. Pero el porvenir sí que debemos escribirlo de forma diferente. El futuro podemos y debemos escribirlo todos juntos, inspirados en los grandes valores universales, en favor de la dignidad de toda la especie humana.

La Fuerza de Europa

“...escribo... sobre lo que hemos destruido,
ante todo en nosotros...”

José Ángel Valente

La fuerza de Europa no es la Europa de la fuerza. Cortos de vista, acostumbrados a tratar las cuestiones propias de una comunidad económica y no de una unión europea, no son pocos los líderes que proclaman de nuevo que la solución está en la fuerza, en aumentar los dispositivos de defensa. Frente a la inmensa capacidad de acción militar de los Estados Unidos, no se les ocurre otra cosa que intentar ser competitivos en este mismo campo, en lugar de ser complementarios en otros muchos aspectos.

Defendemos un número importante de cosas en común y Europa ha recibido una ayuda esencial para su propia supervivencia en ocasiones de extrema gravedad durante el siglo pasado. Este reconocimiento permanente no justifica, bien al contrario, la aceptación de todo lo que los Estados Unidos decidan hacer hoy.

En lugar de abrir puertas y ventanas, y ver al mundo en su conjunto y hacer frente a la complejísima realidad, en lugar de contemplar sobre todo a los vecinos – España era “ve-

cina” de los poderosos hace bien pocos años – se ha preferido la autocomplacencia y se han sustituido los cristales por espejos.

Conocemos bien lo que significa la paz de la seguridad y por ello aspiramos denodadamente a la seguridad de la paz y la justicia. El terror – sobre bases reales o no – mantiene unidos. Pero no por mucho tiempo. Los ciudadanos se dan cuenta de las exageraciones, de las invenciones, de las intimidaciones y comienzan a reaccionar, a medir el calado de sus sufrimientos, a incomodarse personalmente con la triste realidad de su silencio impuesto. La seguridad que Europa debe favorecer es la que se origina en el desarrollo endógeno global, en la erradicación de los paraísos fiscales, en la consolidación de una democracia a escala planetaria.

En lugar de “guerra preventiva”, Europa debe ser el líder de la “paz preventiva”. Y, además de unas alianzas militares eficientes, Europa debe situarse en la vanguardia de la educación, la ciencia y la cultura. Ser símbolo mundial de ética, de justicia, libertad y creatividad. Ésta es la fuerza de Europa.

El compromiso “preventivo” no debe confundirse con una velada modalidad de imposición. Es muy conveniente “la intervención temprana y rápida” cuando debe actuarse en virtud de normas internacionales bien establecidas, y no cuando así lo deciden los países que se arrogan derechos supranacionales, con la Naciones Unidas marginadas y la inmensa mayoría de países cediendo una y otra vez a las presiones de los poderosos.

¿Más recursos para la Europa de la fuerza? Lo que solucionaría gran parte de los problemas a los que ahora hacemos

frente es disponer de más recursos para la fuerza de Europa, para su liderazgo cultural e intelectual. Europa representará muy pronto, con 25 Estados, 450 millones de habitantes y el 25% del PNB mundial. Sería perder una gran oportunidad – estos “momentos apropiados” son infrecuentes – si careciera, ofuscada por el presente, de esta visión prospectiva. Ofrecer y compartir lo que nosotros creemos fruto auténtico de nuestro árbol, de nuestros polimórficos orígenes. De otro modo, seguiríamos siendo zagueros, rezagados. La fuerza de Europa es la fuerza del espíritu, de la facultad creativa, de la tensión humana, de la reacción permanente frente a una patología social que nos lleva a considerar lo excepcional como normal y a aceptar lo inaceptable. La fuerza de Europa es ser foco permanente de valores democráticos: justicia, libertad, fraternidad, igualdad. Es ser ejemplo de convivencia y de respeto a los derechos humanos de *todos*, sin excepción. La Europa de la voz de todos, de la democracia genuina, basada en la participación de los ciudadanos, que no sólo son contados sino tenidos en cuenta.

Por el momento, ya tenemos una moneda común y disponemos de pautas “europeas” en política monetaria y, en menor proporción, política económica. Es indiscutible la ventaja que representa una divisa europea pero, no hay que engañarse, lo esencial es modificar su distribución, es compartir mejor, es contar con una buena brújula de prioridades aceptadas por la gran mayoría.

La gran riqueza de la Unión Europea es su diversidad. Su fuerza es estar unidos por unos cuantos valores universales. Europa constituye un contexto multicultural de excepcional amplitud: plurireligiosa, plurilingüe, pluriétnica... es

“multi” en casi todas las dimensiones y, por tanto, puede ser “grande”. Las identidades, al igual que los pueblos, no se suman tan sólo. Cuando, todos diferentes, tienen los mismos puntos de referencia y asideros morales, su poder sinérgico resulta inigualable.

Sus múltiples identidades se hallan permanentemente alimentadas por unas raíces profundas que les permiten conservar sus características diferenciales en el formidable tejido de entreveradas hebras multicolores, en el crisol, formado tan dolorosamente, que ha conducido a la Europa mestiza de nuestros días, capaz de enfrentarse a los riesgos de uniformización, de gregarización y de sometimiento, que constituyen, en mi opinión, la mayor amenaza de la humanidad en estos albores de siglo y de milenio.

Para que la interacción entre las distintas culturas sea enriquecedora, los europeos deben conocer bien sus características distintivas y renunciar a la permanente tentación del mimetismo exterior. Sin puntos de referencia ética no es posible la navegación. Europa debe guiararse por unos principios intransitorios, sin transferir sus responsabilidades a las veleidades del “mercado”. Tiene que establecer con precisión – y ahora es el momento, al redactar la Constitución Europea – cuáles son estos principios y hacia dónde quiere dirigirse, porque recuerdo con frecuencia el refrán marinero de que “nunca hay buen viento para quien no sabe a dónde va”.

Basar principalmente el desarrollo económico en la potencia militar es un error craso porque – lo he repetido con frecuencia – no hay economía de guerra sin guerra. Es lógico que la “locomotora económica” americana cuente mucho en los planteamientos europeos, pero para competir y no

para depender. En la cumbre de la Unión Europea celebrada en Lisboa en el año 2000, se decidió que “Europa debe ser líder, en el 2010, de una economía basada en el conocimiento”. Se consideraba que, en otro caso, perdería de forma irreversible su capacidad de competencia comercial con los Estados Unidos y Japón, que dedican a investigación y desarrollo (I+D) casi el doble del promedio europeo y se benefician de los talentos que, con una política de muy corto alcance, llegan de todas partes del mundo, especialmente de Europa. Se calcula que alrededor de 400 mil “cerebros” europeos constituyen el éxodo intelectual y científico de los últimos años. Hoy se presentan “presupuestos equilibrados” sin subrayar que algunas fuentes (los fondos de cohesión, por ejemplo) van a dejar de manar en pocos años. Se están adoptando algunas medidas para dar el salto cuali y cuantitativo que se considera imprescindible para contribuir debidamente al acervo mundial del conocimiento, para saber difundir adecuadamente las contribuciones europeas, aumentar rápidamente la protección intelectual y el número de patentes, y promocionar las aportaciones europeas en arte, cine, medios audiovisuales, publicaciones, etc. Sin embargo, hasta este momento – ya han transcurrido tres años desde la Cumbre de Lisboa – no parece que los gobernantes europeos hayan tomado en serio la necesidad de convertir a Europa en el líder mundial del conocimiento y, en consecuencia, de la economía basada en el mismo. Ni siquiera en el borrador de Constitución figura algo tan importante para el devenir europeo.

Si no hay innovación, educación científica, investigación y desarrollo tecnológico... no avanzaremos. Necesitamos

científicos comprometidos, educadores comprometidos, ciudadanos comprometidos. Conscientes de la globalidad, de las condiciones en que viven tantos y tantos seres humanos *iguales* a ellos... Hay que recuperar asideros éticos y hallar nuevos rumbos. O inventarlos. Saber lo que hemos construido y lo que hemos destruido. En nosotros, en nuestros pueblos.

La Fuerza de Europa:

La fuerza de la anticipación y de la prevención, gran tarea de las universidades e instituciones científicas y académicas. Memoria del pasado sí, pero sobre todo memoria del futuro. La Constitución europea debe acercar a los pueblos, no alejarlos. Sobre todo, cuando se trata de Estados federados muy heterogéneos culturalmente, debe construir un espacio de interacción y no de aislamiento.

La fuerza de abordar las causas de los grandes desafíos actuales: la pobreza, la exclusión... La Europa que se sitúe al frente de la cooperación internacional que, en la actualidad, con la excepción de los países nórdicos, constituye una auténtica vergüenza. El promedio del porcentaje del PIB para el desarrollo de los países de la OECD a favor de los países menos avanzados es del 0.2% en lugar del 0.7% prometido en 1974.

La fuerza de los más eficientes sistemas educativos: una enseñanza plurilingüe, artística. La Europa que forma a ciudadanos del mundo preparados para una democracia transparente. La Europa de la educación y de la cultura, especialmente dedicada a la infancia y la juventud, cons-

ciente de que únicamente de esta manera fortalecerá y asegurará un porvenir menos sombrío.

La fuerza del mantenimiento de los principios para la gobernanza interna y mundial, para el fortalecimiento de las Naciones Unidas, para recuperar el “Nosotros, los pueblos...” y conferirle todo el vigor que se requiere para terminar con la actual situación de total impunidad a escala supranacional. Una Europa situada en la vanguardia del cumplimiento democrático, de una justicia eficiente, de la inexistencia de la pena de muerte, del cumplimiento de las convenciones y declaraciones del sistema de las Naciones Unidas.

La fuerza de liderar el establecimiento de “nuevas alianzas” para reducir con diligencia y equipos técnicos y humanos experimentados el impacto de las catástrofes naturales o provocadas. Si en cada país europeo existieran de manera permanente los equipos técnicos y humanos adecuados, con unas normas bien establecidas de cómo debe reaccionarse en cada caso, los ciudadanos europeos primero y los del resto del mundo después, verían con alivio cómo, a las pocas horas de un terremoto, de un incendio, inundación, etc. se hacía frente con rapidez y eficacia a situaciones trágicas con la asistencia de todos los miembros de la Unión.

La fuerza de ser los mejores en la protección del medio ambiente frente a una Administración que, en el apogeo de su hegemonía, no suscribe acuerdos como el de Kyoto – ya muy edulcorado – sobre el cambio climático, y permite (otro disparate reciente del gobierno Bush) aumentar la emisión de gases contaminantes, Europa debe ser la primera en cumplir, bajo un asesoramiento científico impecable, la Agenda 21.

La fuerza de una seguridad sanitaria, ciudadana y laboral ejemplares mediante el desarrollo de un gran plan de

seguridad ciudadana, con los recursos de toda índole necesarios, y una gran colaboración policial y ciudadana, con un sistema judicial diligente y eficaz para no debilitar, al socaire de la lucha antiterrorista, derechos universales como la presunción de inocencia y el derecho de defensa.

La fuerza de la mente frente a la del músculo, donde los servicios públicos no queden al albur de los intereses económicos de grandes corporaciones supranacionales.

La fuerza de la conciliación, del desprendimiento, de la amistad y solidaridad entre los pueblos, de la apertura, de la cultura de paz. Una Europa que, junto a una gran eficiencia preventiva, participe diligentemente en el Tribunal Penal Internacional, en la denuncia y castigo de quienes cometan actos como los del 11 de septiembre de 2001, pero que juzguen con la misma severidad lo que está sucediendo en Guantánamo y en Irak actualmente. Europa debe representar la serenidad, la justicia eficiente, el respeto a la vida.

La fuerza, en fin, de una política de inmigración que cumpla las promesas, que esté en relación permanente con los países que, explotados y empobrecidos, nos envían a sus hijos emigrantes... como hicimos en España no hace tantos años y, en general, en Europa.

Frente a los que creen que hay que conservar sin cesar, dar, darse. Frente a los que pronto se cansan y se instalan, caminar. Frente a la Europa de la fuerza, la fuerza de Europa: la fuerza creadora, de la inspiración, de la iluminación. La que añade a los medios para vivir, razones para vivir. La Europa de la palabra, con la fuerza indomable del espíritu.

Otro Mundo Es Posible

“¿Por quién doblan las campanas?”

John Donne (1572-1631)

En 1945, al término de una guerra mundial trágica, con millones de muertos, sufrimientos y humillaciones sin fin, genocidios de judíos y de gitanos y otras etnias, uso de armas de gran poder destructivo, los Estados Unidos de Norteamérica lideraron la fundación de las Naciones Unidas. “Nosotros, los pueblos, hemos decidido evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”: así se inicia la Carta aprobada en San Francisco, California. Había que *evitar* la guerra en lo sucesivo, para que aquella horrenda conflagración que acababa de sacudir al mundo no se repitiera. Había que construir la paz. Y así, van surgiendo las distintas organizaciones del sistema de las Naciones Unidas, para contribuir – cada una en su campo – a que nunca más fuera la fuerza sino el diálogo y la concertación el camino de la paz, para que se cumpliera la profecía de Isaías que figura a la entrada del recinto de la ONU en Manhattan: “Convertiréis las lanzas en arados”. Al Banco Mundial de la Reconstrucción y el Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional van añadiéndose la Organización Internacional del Trabajo – la úni-

ca que existía ya en la Liga de Naciones –; la FAO, para la alimentación; la UNESCO, para la educación, la ciencia y la cultura; la OMS, para la salud...

Cuando las V-2 alemanas caían sobre Inglaterra, el Ministro Británico Richard A. Butler pensó que sólo podría librarse a la humanidad de las atrocidades de la confrontación armada si en lugar de educar para la guerra se educaba para la paz, en lugar de aprender a vencer se aprendía a convencer, si en lugar de contemplar en exceso la realidad de cada país se sabía anteponer a la tierra en su conjunto, si en lugar de formar a ciudadanos con el sello – a veces exacerbado – de una nación se formaba a *ciudadanos del mundo*.

Las reflexiones del ministro británico cristalizaron en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, fundada en Londres en noviembre 1945. Su Constitución se inicia con una frase inspirada en unos versos del escritor norteamericano Archibald Mac Leish: “Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”. Y advierte más adelante: “La grande y terrible guerra que acaba de terminar no hubiera sido posible sin la negación de los principios democráticos de la dignidad, la igualdad y el respeto mutuo de los hombres... La amplia difusión de la cultura y la educación de la humanidad para la justicia, la libertad y la paz son indispensables... Una paz fundada exclusivamente en acuerdos políticos y económicos entre gobiernos no podría obtener el apoyo unánime, sincero y perdurable de los pueblos: por consiguiente, esa paz debe basarse en la *solidaridad intelectual y moral de la humanidad*... La Organización se propone contribuir a la paz y la seguridad estrechando, mediante la

educación, la ciencia y la cultura, la colaboración entre las naciones..."

En 1948, conscientes de que la inmensa diversidad que distingue a pueblos y personas constituye su gran riqueza y requiere, al mismo tiempo, unirse alrededor de unos principios aceptados por todos para adquirir cohesión y consistencia, las Naciones Unidas aprueban el día 10 de diciembre la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Este firmamento ético debe orientar y dar fuerza a las hebras multicolores que integran el tejido social de la humanidad en su conjunto. El cumplimiento del artículo 1º bastaría para cambiar radicalmente los rumbos presentes: "Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros". Numerosos gobernantes invocan a menudo los derechos humanos. ¿Cuántos han leído la Declaración? ¿Cuántos la tienen en cuenta en sus decisiones? Los derechos humanos son indivisibles, pero uno de ellos es requisito y condición para el ejercicio de todos los demás: es el *derecho a la vida*. ¿Cómo pueden invocar derechos humanos concretos quienes siegan vidas y actúan con amenazas y violencias?

1954: Una vez se disponía de un marco institucional a escala mundial y de unos principios para elaborar los códigos de conducta, era preciso eliminar o reducir las diferencias entre unos y otros, para que los caldos de cultivo que representan la pobreza y la exclusión no originaran comportamientos que afectan la estabilidad y la convivencia pacífica. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) nace con este propósito. El desarrollo tiene que ser integral, es decir no sólo económico sino social, político,

cultural, educativo, sanitario; endógeno, porque no se otorga sino que las distintas capacidades y destrezas se adquieren día a día con esfuerzo; sostenido o duradero para que no afecte al contexto ecológico ni se agoten los recursos naturales; y –por fin!– debe ser humano, es decir, son los habitantes de la tierra, sin excepción, lo que deben ser beneficiarios y protagonistas del mismo.

Todo estaba, pues, bien concebido y programado. La “guerra fría”, la carrera de poder, expresada en términos de fuerza militar, empaña progresivamente aquellos buenos augurios y comienza el incumplimiento de los propósitos y promesas: el 0,7% del PIB, que en 1974 los países más avanzados habían decidido ofrecer a los más necesitados para que pudieran fortalecer sus propias capacidades, se convierte, con la excepción de los países nórdicos, a los que hay que rendir homenaje, en préstamos concedidos en condiciones draconianas y uniformes – el “ajuste estructural” quedará como un gran disparate y abuso – que favorece a los prestamistas y, en general, acaban de hundir y someter a los prestatarios, cuyo recursos naturales pasan, con estas mañas, a manos ajena. Por otra parte, la cooperación internacional favorece, aun con la mejor voluntad, la emigración de los mejores talentos del “tercer mundo” a los países más avanzados cuya “economía basada en el conocimiento” se refuerza con los más brillantes científicos de todo el orbe.

En Estados Unidos, asesinados el Presidente John F. Kennedy, su hermano Robert y Martín Luther King Jr., y perdida contra todo pronóstico la guerra de Vietnam, el espíritu inquisitorial de Joseph Mac Carthy – desautorizado por el Senado en 1954 y fallecido en 1957 – penetra hasta los más apartados rincones de la Unión. El gran peligro de

los colosos es que dejan de oír además de no escuchar y definen límites tan anacrónicos como indebidos entre los que están a su favor, aunque sea por miedo, y los que se atreven a discrepar. Algun día se describirá con detalle lo que significó la caza de brujas del macarthismo en los Estados Unidos y fuera de ellos, especialmente en América Latina: el apoyo a régimes execrables como los de Somoza en Nicaragua, Trujillo en República Dominicana o Duvalier en Haití; la imposición de líderes sanguinarios como Pinochet en Chile y Massera y Videla en Argentina... y el respaldo de acciones represivas de gobiernos dictatoriales como los de mesoamérica, todo ello en el marco de una inverosímil y perversa operación de política exterior llamada “Cóndor”. Miles de desaparecidos y torturados figuran ya en las páginas de las “comisiones de la verdad”, que sería conveniente releer ahora para que tantas víctimas tuvieran al menos el consuelo de haber servido de lección imborrable para el futuro.

1989. Se hunde el muro de Berlín y se desploma el telón de acero. La Unión Soviética, gracias a la transición hábilmente propiciada por Mikhail Gorbachev, da paso, sin una gota de sangre, a estados independientes que inician una larga marcha hacia la democracia. Cuando esperábamos que, por fin, dispondríamos de los “dividendos de la paz” y se reforzaría el sistema de las Naciones Unidas, sucedió exactamente lo contrario: los países más prósperos se unieron en el G-7 y tomaron una decisión que figurará en los anales de nuestro tiempo como un ejemplo de irresponsabilidad política: transferir al “mercado” sus deberes de estadistas y compromisos con el electorado. El resultado fue una ampliación de la ya importante fractura entre ricos y pobres. En 1980 se calculaba que el 20% de la humanidad disfrutaba

del 80% de los recursos de toda índole. En el año 2000, el 17% de la población acapara el 83% de la riqueza. El proceso que lleva desde la sensación de desamparo a la frustración, radicalización, animadversión y rencor se agudiza.

Contra viento y marea, el sistema de las Naciones Unidas establece pautas para la gobernanza en educación (Jomtiem, Tailandia, 1990); medioambiente (Río, 1992); desarrollo social (Copenhague 1995); mujer (Pekín, 1995)... ante la total indeferencia de los “grandes actores”.

Se elevan las primeras voces de disentimiento de una sociedad civil progresivamente organizada y consciente. Seattle, Praga, Washington, Génova... y Portoalegre, sabiamente distanciada de la “manifestación directa” y, por tanto, con menos probabilidades, muy negativas siempre, de brotes de violencia. Portoalegre, protestas y propuestas. Portoalegre que proclama pacíficamente, tenazmente, que “otro mundo es posible”.

2001. El 11 de septiembre, actos terroristas suicidas, dirigidos a los símbolos del poderío estadounidense marcan, por las víctimas que producen y su espectacular visibilidad, un punto de inflexión histórico y replantea súbidamente la seguridad y estabilidad mundial, al tiempo que llama la atención sobre las condiciones en que viven miles de millones de seres humanos, hasta el punto de morir diariamente de hambre – según comunica la FAO el mismo día, unas horas antes de los trágicos atentados – más de 30,000 personas. Era de esperar la reacción del gigante herido, a cuyo lado – al lado de la vida – se sitúan la práctica totalidad de países y ciudadanos. Sin embargo, pronto se pone de manifiesto que la persecución de Bin Laden y la guerra en Afganistán son el inicio de un poder hegemónico que establece sin pestañear

el eje del “bien” y del “mal” (de los “buenos” y de los “malos”) y, contra todo fundamento de derecho, declara la “guerra preventiva”. Se forma una “coalición” (“Nosotros, los poderosos”... en lugar de “Nosotros, los pueblos...!”) basada en la alianza tradicional con el Reino Unido y con el acompañamiento de otros países más o menos aparentes – agradecidos unos, deudores otros, temerosos muchos – entre los que figura España, en lugar tan destacado como incomprendible. Se fracasa en el intento de conseguir, cara a la galería, la conformidad del Consejo de Seguridad. Países como Chile y México – por no citar a los que retienen el derecho al voto – evitan la humillación de unas Naciones Unidas a las que se pretende utilizar como “institución de conveniencia” y como agencia de ayuda humanitaria. De todos modos, después del esperpéntico ultimátum desde las islas Azores y desoyendo la voz de la inmensa mayoría de la humanidad, se decide la invasión de Irak, afirmando que posee – aunque los inspectores capitaneados por Hans Blix no hayan podido demostrarlo – armas nucleares, biológicas y químicas “de destrucción masiva”, que constituían una amenaza para el mundo en su conjunto.

Se veía venir: desde 1980, Estados Unidos no había suscrito una sola convención o compromiso de las Naciones Unidas, ni siquiera la Convención de los Derechos del Niño. El Tribunal Penal Internacional, el Protocolo de Kyoto sobre el cambio climático... las condiciones de confinamiento de los prisioneros afganos en Guantánamo,... todo ello sin aceptar papel alguno de las Naciones Unidas o de sus agencias especializadas. Ningún poder hegemónico, ha dicho Jesús Moneo, ha sido capaz de moderarse por autolimitación. Ha sido por contención externa, logrando demostrar que hay

otras vías. Ofrezcamos estas alternativas para que se detengan las acciones iniciadas y se reconduzcan por unos Estados Unidos más propensos a la concertación y a la escucha.

...y 15 de febrero de 2003. Por primera vez, como ya he indicado, el clamor popular se deja oír en todo el mundo. “No en nuestro nombre”. Por primera vez, renace la esperanza: por su intensidad y amplitud, los poderosos no tendrán más remedio que tener en cuenta al pueblo, que en ésto consiste la democracia. Es cierto que esta guerra – negocio – tan ilegal como desproporcionada, ya ha tenido lugar. Pero siguen los dislates tanto en Irak como en otras partes del mundo. Me llena de sonrojo que los mismos que han destruido se repartan ahora la reconstrucción... con fondos iraquíes!. “Estados Unidos se ha comprometido a conceder a los países aliados al menos la mitad de los contratos”... ¿Se han contado los muertos y los sufrimientos de este país, que ya bastante había padecido bajo el dictador Saddam Hussein? ¿Se piensa en el luto, el dolor y la consternación de tantos “seres humanos iguales en dignidad” cuando se anuncian con descarado alborozo las “ventajas” que se han obtenido de la guerra? ¿Se piensa realmente en el establecimiento de la paz cuando, como en el caso de Israel y Palestina, se permiten, como represalia a los fanáticos que se inmolan en atentados terroristas, “asesinatos selectivos” que muestran, con tanta reiteración como espanto, a niños víctimas de los efectos no selectivos o colaterales de una espiral de violencia atizada por el Primer Ministro Sharon? ¿Y cuando se eligen interlocutores desplazando, claro está, a los del lado palestino únicamente? Siempre habrá algún desequilibrado entre 6,100 millones de habitantes, pero su número no se reduce con la violencia y el terror.

Cuanto antecede pone de manifiesto la necesidad de volver, como en 1945, a un sistema multilateral guiado por unos valores éticos universales, que evite la presente impunidad de las transgresiones a escala supranacional y que – con la mayor responsabilidad que corresponde a los más poderosos – regule la gobernanza mundial.

¿Es otro mundo posible? Sí, si se respeta y fomenta la diversidad y la fuerza creadora. Si, juntos, buscamos hasta hallarlos – o inventarlos – los nuevos caminos del futuro. Si no emplazamos disciplinas de pertenencia por encima de nuestra conciencia, porque más pronto que tarde se paga el precio de la indignidad, la cobardía y la sumisión.

Si se educa para la paz, la democracia y la solidaridad, erradicando en todas las escalas el terrible adagio “si quieres la paz, prepara la guerra”. Se han ocultado asépticamente horrendas imágenes de la guerra. Salvo para los niños, constituye un grave error: nunca olvidaré lo que vi en Ruanda, en Cambodia... Para luchar sin descanso a favor de la vida y de la no-violencia hay que tener grabados en las pupilas los sufrimientos que genera la confrontación bélica.

Otro mundo es posible si ampliamos las alianzas internacionales para la seguridad a la reducción del impacto de las catástrofes naturales o provocadas. El caso del “Prestige”, las víctimas del hundimiento, consecuencia de terremotos, de las escuelas de San Giuliano en Italia y de Bingol en Turquía demuestran, con qué dramática intensidad, que los ingenios de destrucción se han desarrollado mucho y los de socorro y ayuda prácticamente nada. No hay tecnología para la asistencia en casos de inundaciones, incendios, temblores de tierra, emanaciones volcánicas...

Otro mundo es posible si la economía a escala mundial y la gestión de los grandes retos sociales, medioambientales y culturales, se guía por valores intransitorios y no por el mercado. Si reforzamos las instituciones internacionales, y en primer lugar la ONU, y disponemos de los códigos de conducta, consejos de seguridad y mecanismos punitivos adecuados.

Otro mundo es posible si la memoria del futuro, del mundo que heredamos a nuestros hijos tiene en cuenta las lecciones del pasado. Si tenemos fe en la especie humana, desmesurada, creadora, impredecible, inmensurable. Si creemos en la humanidad y en sus facultades distintivas, para superar los obstáculos que ponen quienes intentan someterla. Cada día que pasa representa, inexorablemente sea cual sea nuestra edad, un día menos para construir un mundo más acorde con la dignidad humana. Nos queda un día menos para actuar según nuestra conciencia. Yo ya he recorrido un buen trecho de mi camino. Por eso es lógico que mi voz, casi ya mi grito, tenga un especial apremio.

Otro mundo es posible si revisamos con serenidad la historia contemporánea y decidimos, de una vez, pasar de una cultura de imposición a una cultura de diálogo y de paz. Pasar de la espada a la palabra y responder a la violencia “con la fuerza fascinante del amor”, como ha proclamado Juan Pablo II en su reciente visita a España. Entonces las campanas ya no doblarán el miedo, la amenaza y la muerte. Tañarán con alegría por ti y por mí, por todos, porque se iniciará un mundo nuevo, con la esperanza de escribir cada uno un futuro diferente, luminoso y libre.